



25 CENTS.

BARCELONA, 10 FEBRERO 1900

NÚM. 40

Ayuntamiento de Madrid

ADMINISTRACIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

IRIS

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO II

BARCELONA 10 FEBRERO 1900

N.º 40

SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS * 25 CÉNTIMOS NÚMERO CORRIENTE * PORTUGAL. 60 REIS

REMEDIO SEGURO É INFALIBLE CONTRA LOS CALLOS

PREPARADO POR EL

doctor LADIVONSIM

Este preparado, verdadero rey de los callicidas, no tiene rival, ni análogo, entre tantos otros como se anuncian, pues su absoluta eficacia resulta plenamente confirmada por miles de casos, sin una sola excepción. Gracias al remedio del doctor Ladivonsim podemos contar hoy con la seguridad de la *curación radical* de una dolencia que tanto molesta y aflige á la humanidad, haciendo padecer á veces seriamente. El empleo de este callicida es tan fácil como inofensivo, recomendándose además por su limpieza. La curación se obtiene en corto tiempo, de manera que no vacilamos en afirmar que cuantos lo usen por primera vez se habrán de convertir en agradecidísimos propagadores de su incomparable eficacia, como lo vienen siendo cuantos lo han empleado hasta el presente.

DE VENTA: En las principales farmacias, droguerías y zapaterías de Europa y América.

ÚNICO AGENTE EN ESPAÑA:

Bailen, 85, 1.º, 2.º—BARCELONA



LA LEYENDA DE LOS CIELOS

POR

DON JOSÉ COROLEU

47 cuadernos, que forman 2 tomos, y encuadernada con tapas especiales, 57 ptas.



CUENTOS

ESCOGIDOS

POR

VARIOS AUTORES

Ilustrados con magníficos grabados.—Un tomo en tela, 5 pesetas.

Ayuntamiento de Madrid

To
tal ma
mujer
bles at
los sig
e
miento
de este
»M
puedo
malos
dos; un
marse
Esta es
25 min
Cor
Eri
médula
No
aquel e
nasia, f
se su su
ble más
El l
—A
Ye
—il
Tod
nuras e
turado,



Al doctor D. Justo Hueso, llamábale todo el mundo el doctor Protoplasma, porque las manifestaciones del espíritu no eran para él otra cosa que simples fenómenos de la materia organizada; por lo cual, á los seres humanos los consideraba á manera de carnosos mecanismos determinados por la ley de la herencia y por la acción del medio circundante.

Todos los problemas de la vida resolvíalos el doctor Protoplasma por la fórmula de este criterio, de tal manera, que cuando sintió la necesidad fisiológica del matrimonio y se vió en el trance de elegir una mujer entre todas las mujeres, no pensó en el amor ni remotamente se curó de esas ciegas é inexplicables atracciones del alma, sino que se puso muy científico y sesudo á prologuar su determinación con los siguientes razonamientos.

«El objeto del matrimonio es la generación de la especie y el fin de la generación es el conseguimiento de la vida, de manera que yo ante todo he de buscar una mujer que sea apta para la realización de estos fines.

«Mi temperamento es linfático, estoy algo debilitado por consecuencia de los estudios á que no puedo sustraerme y necesito, por tanto, una mujer sanguínea, hermosa, robusta, sana; que no tenga malos antecedentes patológicos, en cuya familia no haya habido ni tísicos, ni epilépticos, ni degenerados; una que proceda de campesinos, cuya carne no esté maleada en las ciudades y que, al aproximarse á mí, trascienda su hermosa á la exuberante palpitación de los glóbulos rojos en sus venas. Esta es la mujer fisiológica; esta es la que necesito. Desde hoy dedicaré para buscarla una hora y 25 minutos.»

Con efecto: la buscó y la encontró.

Era hermosa, alta, fuerte, morena, sanísima y aun cuando no podían verse sus cartilagos, tendones, médula espinal y oblongada se traslucía que eran del más perfecto y acabado sistema conocido.

No diré la pasión, pero la satisfacción del doctor Protoplasma fué inmensa al verse propietario de aquel espléndido animal humano y á todas horas le prodigaba consejos sobre la manera de hacer gimnasia, las horas de dar paseos, los medios de preservar los dientes y el cabello, á fin de que no se alterase su salud ni se le ajara la hermosura, y ella lo aceptaba todo, con gusto, muy orgullosa de ser el mueble más cuidado de la casa.

El la presentaba á sus amigos como aquel que dice:

—Aquí teneis la hembra fisiológica,

Y ellos que, eran tan materialistas como él, la miraban de hito en hito diciendo para sus adentros:

—¡Buena mujer! ¡No cabe más!

Todas estas cosas, la lectura de algunas novelas francesas, también fisiológicas, la ausencia de terturas en aquel hogar frío y científico donde sólo se hablaba de la ataxia locomotriz ó del peroné fracturado, llevaron al ánimo de aquella pobre mujer el falso convencimiento de la omnipotencia de la car-

ne; y, como en este sentido, el doctor Protoplasma, feo, regordete y calvo, era muy inferior á ella, acabó por sentir cierta *conmisericordia rayana en el desprecio hacia su esposo, al propio tiempo que el vago deseo de hallar digna consonancia á su hermosura y de admirar y querer en otro lo que se admiraba y quería en ella.*

Estos sentimientos se arraigaron y dieron frutos con la presencia de un vecino que era también un hombre fisiológico y por lo tanto digno de ser amado sobre toda consideración.

El doctor, ocupado en sus estudios, no se enteraba de estas cosas, y las desatenciones y la frialdad de su mujer le parecían defectos inescusables del sexo, aceptándolos de buen grado mientras ella fuese, como era, una apta colaboradora de sus fines.

Al fin, la esposa del doctor dió á luz un niño, como él se lo había imaginado; robusto, fuerte, hermoso y capaz de sufrir con ventajas la lucha por la existencia.

El equilibrio inestable de aquel hogar vino á turbarlo la criada de la casa á quien la señora, con su falta de seso, hacía cómplice y confidente de sus pecaminosas distracciones; y como quisiera la donce-



lla abusar de los secretos que tenía y explotarlos en su provecho en tanto que la dueña pugnaba por reprimirla y dominarla, llegaron á tan grande rompimiento y formidable escándalo que, la criada entró dando voces en el despacho de su amo y le puso ante los ojos las pruebas que guardaba de las ocultas veleidades de su esposa.

Temerosa la mujer de la cólera de su marido no pensó en la disculpa ni en la defensa, refugiándose en la casa de aquel que á tal extremo la había conducido, con lo que se hizo el escándalo más grande y el remedio imposible.

El doctor devoraba en silencio las amarguras de su desencanto y de su afrenta, pidiendo en vano á los libros consuelo á sus pesares, los cuales se acrecían al ver en aquel hogar desierto al niño que había nacido de su esposa; hermoso, robusto, fuerte, todo... menos hijo suyo.

Entonces llegaron á su alma secretas voces que le decían que en el hombre había algo más importante que la salud y la hermosura, algo más excelente que el equilibrio fisiológico, algo más delicado que las palpitaciones de la carne, y sintió por vez primera el doctor Protoplasma la íntima conmoción de esas tribulaciones del espíritu que llenan de suspiros la garganta y de lágrimas los ojos.

(Dibujos de Romero Orozco)

RAFAEL TORROMÉ



INDOLENCIA

Ayuntamiento de Madrid



Maria, novia de Floro, que la quería obsequiar, *tavo capricho de un loro* por gusto de oírlo hablar; y Floro, de mala gana, por complacer á Maria, se fué á una pajarería de la plaza de Santa Ana.

No bien hubo entrado en ella ya *notó, á primera vista*, que estaba la tienda aquella de pájaros, bien provista. Tenían allí ejemplares de todas clases y castas: algunas poco vulgares, otras comunes y bastas; aves de plumajes varios, palomas, mirlos, perdices, gallos, jilgueros, canarios, verderones, codornices, tórtolas y periquitos; mas, por lo que importa al cuento, sólo había dos loritos en el establecimiento.

Estaban frente por frente en dos jaulas de latón, y Floro, naturalmente, los miró con atención. Era el uno un ejemplar magnífico, luelo y hueco; el otro un loro vulgar, feo, esmirriado y enteco. Columpiándose en el aro de la jaula, el primer loro miró á Floro con descaro, viéndose mirar por Floro. Este, para averiguar,

antes de haberlo comprado, si el bicho sabía hablar, preguntóle: «¿Eres casado?» Y el loro con faz huraña y voz ronca y gutural, le contestó: «—Para España y no para Portugal.»

Creó Floro que era esta respuesta muy suficiente, aunque fuese la respuesta demasiado incongruente.

—¿Cuánto vale este lorito?— le preguntó al pajarero.

—Quince duros, señorito.

—Es muy caro; no lo quiero.

Volviéndose, entonces, Floro al loro triste y flacucho, le dijo al dueño: «—Este loro no debe de valer mucho.

Sonríose un poco el dueño, dando á Floro esta respuesta:

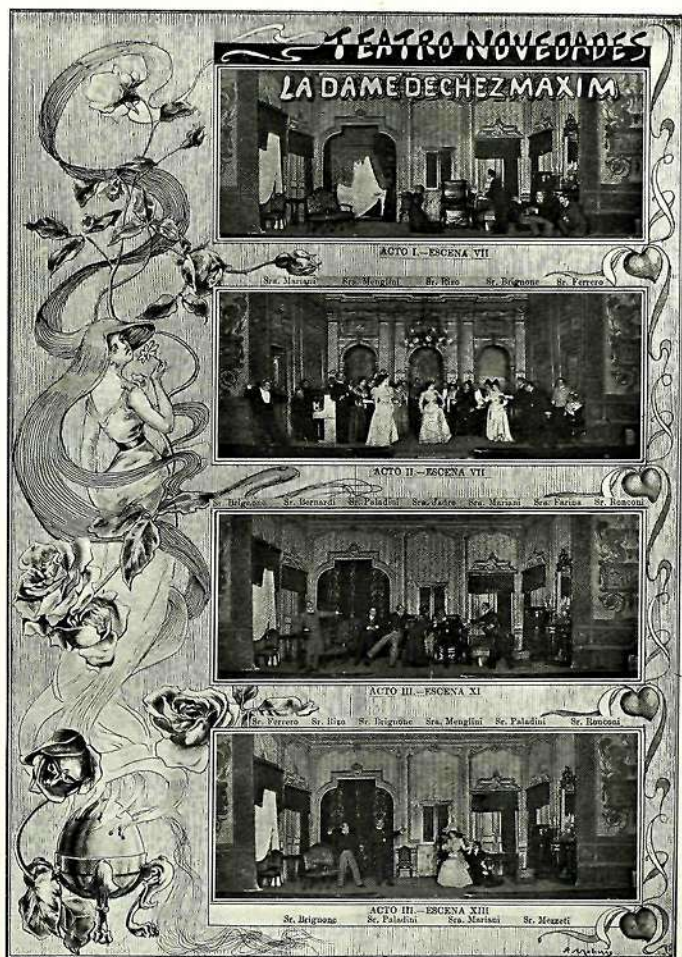
—Si en comprarlo tiene empeño, cincuenta duros le cuesta.

Precio tan exorbitante dejó turulado á Floro, quien preguntó al comerciante, volviendo á mirar al loro:

—¿Por qué más que aquel de enfrente vale este feo lorito?

El loro, con voz doliente, dijo: «—¡Por qué estoy malito!»

La notable diferencia que entre los loros había se probó hasta la evidencia; uno hablaba sin conciencia y otro lo que discurría.





ANTOJOS...

En el cielo sonreía
el sol con fulgor brillante;
su cabellera radiante
sobre la tierra extendía.
Yo estaba triste aquel día
y aquel cielo esplendoroso
me pareció tenebroso,
y aquellos rayos tan bellos
se me antojaron destellos
de un fuego triste y medroso.

Tormenta ronca rodaba
en el cielo ceniciento;
el huracán turbulento
enfurecido silbaba;
yo alegre y dichosa estaba
y la nube tenebrosa
me pareció esplendorosa,
y hallé todo tan risueño
que me dije: «Este es un sueño
con cielo color de rosa.»

No mentí; que cuando en penas
y en llantos se anega el alma,
aun las horas de más calma
las vemos de angustia llenas...
No hay cosas malas ni buenas:
si está alegre el corazón
venimos en todo ilusión;
mas si el corazón padece...
¡hasta el cielo nos parece
un lóbrego panteón!

PEPITA VIDAL

UNAS VECES POR MUCHO Y OTRAS POR POCO.



Un labrador muy pobre, estaba quejoso porque sus simientes tardaban en crecer.
—¿Dónde el clima?—se preguntó.



Y el hombre se compró una geografía y se puso a estudiar como un labrador loco para ver cuál era el lugar más apropiado para que los trigos crecieran.



¡Por fin, lo encontré! Fernando Po.



Una vez llegado a aquel punto, hizo su primera siembra.



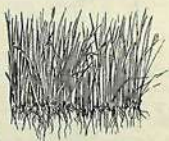
Siembró que al día siguiente brotó por la excesiva fuerza del calor.



y al otro día más...



y más...



Como crecieran los trigos que se elevaban al espacio por su poder salirse tanto.



Por cuya razón se quedó el labrador, pobre lo mismo que cuando se quejaba del clima que no hacía crecer los trigos.



Hortensia estaba entusiasmada con su traje. Tenía el presentimiento de que iba á hacer furor con él. Cada prenda que se vestía era objeto de una consulta ante la magnífica luna del armario que llenaba uno de los testeros de su *boudoir*.

El traje era magnífico, y la favorecía tanto!... Sobre todo, ya estaba hastiada de capuchones y dominós. Estos disfraces pasan inadvertidos, y están tan malos los tiempos! Dos años sin contrata la habían arruinado. Además, sus piernas, acostumbradas á saltar en el escenario del Real á la vista de todo el mundo, se cansaban de estar prisioneras entre faldas. Era preciso darles alguna expansión, lucirlas.

El pobre Ricardo se había portado bien. Ya que no pudiese demostrarle su afecto de otro modo le prestaba el traje con que había logrado su mayor triunfo escénico en Novedades.

Era un buen muchacho... y bien formado; porque cuidado que el calzón le estaba bien á ella, á ella que era admirada por sus formas.

Así discurría la joven mirándose y remirándose al espejo, ensayando los movimientos y hasta la manera de andar para que resultasen aquéllos lo más airoso é insinuantes.

Al fin, después de dos horas de *toilette* se halló vestida á su gusto.

—Vamos, Luisa,—dijo á su doncella.—No pierdas el tiempo contemplándome como si estuvieras lela. Despacha pronto que ya es hora.

Luego recogió del suelo el antifaz, los guantes y el pañuelo, y lanzando al espejo la última mirada, exclamó:

—Lo que es esta noche, no perderé el tiempo. ¡Hay tanto zángano en los bailes!

Era poco más de la una de la madrugada, cuando Hortensia, del brazo de su doncella, penetraba en el teatro Real. En el *foyer* paseaban mustios y cariacontecidos algunos jóvenes imberbes, que habían visto defraudadas las esperanzas que abrigaban al entrar en el baile.

Hortensia no reparó siquiera en ellos. La experiencia le había enseñado que no se saca gran honra ni provecho de la juventud en los bailes, y no se había ella vestido con tanto esmero para sufrir impertinencias de pollitos fin de siglo. Derecha iba al guardarropa, cuando tropezó con un viejo, cuyo aspecto de provinciano le llamó la atención, y como era la joven tan alegre y tan decidida, tuvo por conveniente darle una palmadita en el hombro, al mismo tiempo que le decía:

—¡Adiós, Pedro! Parece que no te diviertes.

El más vivo asombro se retrató en el semblante del viejo. Y como Hortensia le hubiese vuelto la espalda:

—Oye, mascarita, ven,—dijo el anciano.—¿Me conoces? ¿De qué?

—Ya te lo diré.

—¿Cuándo?

—Más tarde.

—Ahora.

—Imposible.

—Escucha, atende...

En vano: Hortensia había cogido la ficha que le entregaban en el guardarropa, y, seguida de su doncella, escapó al salón, dejando al viejo sumido en un mar de confusiones.

La sala estaba espléndida. Era imposible dar un paso por ella. No sin gran trabajo consiguió Hortensia abrirse camino por entre los grupos.

Entonces sufrió la joven la gran decepción. Su traje no había hecho el efecto esperado y apetecido. Solamente un pollo raquítico, vestido con un frac de su papá y con un cuello que le salía por encima de las orejas, había tenido el atrevimiento de decirle:

—¡Qué piernas tan bonitas! Si son auténticas.

¡Dudar de la autenticidad de sus piernas! ¡Qué osadía!

El viejo del *foyer* no volvía de su asombro. Allí donde le dejó la bailarina permanecía debanándose los sesos por averiguar quién podía ser la mascarita que le había dado broma.

—¿Quién será?—se preguntaba.—¿Que me conoce no hay duda, puesto que me llamó por mi nombre. Y, sin embargo, no acierto... ¡Parece imposible! Yo no he salido jamás de Antequera. Hace dos días que estoy en Madrid y no he hablado más que con el conde y su apoderado sobre el asunto de las minas.

¿De qué me conoce esa mujer? ¡Y que debe ser hermosa como el sol de mi país! ¡Qué tallo y qué piernas! Parece persona distinguida. Vaya, Perico, ahí tienes una conquista: á ella. En este Madrid pasan casos muy raros. A lo mejor se enamora uno... y ¿por qué no he de disfrutar de mi dinero? Después de cincuenta años de trabajos para hacer una fortuna, bien puede uno permitirse una calaverada. Voy á buscarla y la convidaré á cenar.

D. Pedro López y López, rico acendado andaluz y viejo alegre por excelencia, se decidió bien pronto, y después de estirarse el chaleco y de asegurarse de que la corbata la llevaba en su sitio, se lanzó al salón en busca de Hortensia, dispuesto á hacer un sacrificio si era preciso para divertirse una vez en su vida.

—Al fin, te encuentro, mascarita. Ahora no te escapas sin decirme quien soy.

—Ya te lo he dicho: Pedro.

—¿Pedro qué?

—¿Y si no te lo dijera?

—Sería señal de que no me conoces.

—Pues no te conozco y... listo.

—Sabes, mascarita, que debes ser muy guapa.

—¿Lo presumes?

—Lo presiento.

—¿Y si fuese fea?

—Imposible. Tu traje deja adivinar tus encantos.

—Veo que te fijas en los detalles.

—¿Para que si no sirven los ojos?

—¡Curioso!

—Di más bien artista.

—¿Por qué?

—Porque me extasia lo bello.

—Eres muy galante.

—Y tú muy linda. Si fueras tan buena como hermosa.

—¿Qué haría?

—Serías mi compañera en el baile.

—Es mucha pretensión. Además ¿qué adelantarías con ello?

—Habláramos.

—¿De qué?

—De la pasión que me inspiras.

—¡Sin conocerme!

—Me basta lo que he visto y lo que adivino. Yo soy rico, muy rico, y sabré corresponder á tu bondad. ¡He visto unas pulseras esta tarde en la Carrera de San Jerónimo!

—¿Muy bonitas?

—Preciosas. Lo menos de mil pesetas

Hortensia tuvo una idea que ella calificó de feliz. Se aproximó á su doncella; la llevó aparte y dió sus órdenes.



Ayuntamiento de Madrid

Luego escapó presurosa, dejando á D. Pedro López y López como quien ve visiones.

Luisa fingió también que se escapaba, pero se vió detenida por el viejo, que le decía:

—Tú no te escapas. Vas á decirme quién es tu compañera.

—Imposible.

—¿Serás tan cruel?

—Es un secreto.

—¿De Estado?

—Aun más grave.

—¿Es tu amiga?

—No.

—¿Qué es entonces?

—Mi señora.

—¡Ah! Pues tú hablarás.

—No es fácil.

—Tales puedes ser mis argumentos que...

—No me convencerán.

—Vamos, no seas tonta y ven al *buffet*.

—No tengo ganas.

—Sin ellas.

La disputa duró poco tiempo. Un momento después Luisa cenaba en compañía de D. Pedro y le daba informes de la bailarina, no sin que antes ofreciera solemnemente el viejo no descubrirla.

Hortensia era la marquesa de Pombeja, muy rica, muy extravagante y muy apasionada de los hombres.

D. Pedro le había sido simpático, y por esta sola razón huía de él por no ser vencida. Además la había ofendido acaso con sus ofrecimientos. Pero todo no estaba perdido, y si el viejo se daba buenas mañan lograria tal vez hacerse amar de la bella marquesa.

El buen antequerano no volvía de su asombro. ¡El, haciendo palpitir de amor el corazón de una marquesa joven y guapa!... Verdad es que á pesar de sus sesenta se encontraba muy bien y son tan caprichosas las mujeres!

..

Una hora después el rico antequerano y la preciosa bailarina cenaban en un reservado.

D. Pedro, á fuer de galante, hacía los honores del banquete sin permitirse la más pequeña libertad con la caprichosa marquesa de Pombeja.

Cuando tras de algunos succulentos manjares la *vinda de Chicot* se presentó á la mesa vertiendo su blanca espuma en las cristalinis copas, el viejo se atrevió á iniciar el siguiente diálogo:

—¿De veras me has perdonado?

—Con toda el alma.

—¿Y me amarás?

—¿Lo dudas?

—Eres un ángel.

—Y tú un diablo que me ha trastornado.

—¿Me permitirás que te acompañe.

—¿A dónde?

—A tu casa.

—Es imposible.

—¿Vas á ir sola á estas horas?

—Me acompaña la doncella.

—Y yo también.

—No puedo negarte nada.

Eran poco más de las dos de la tarde. A las tres esperaban á D. Pedro López y López en la notaría para firmar la escritura de venta de las minas del Planteo.

—Adiós, marquesa de mi alma: adiós, Hortensia. Volveré.

—¡Cómo! ¿Te vas así?—exclamó la bailarina, viéndole dispuesto á marchar.

D. Pedro se detuvo, haciéndose esta reflexión:

—¿Habrá sido fría mi despedida?

Y volviendo junto á Hortensia, que estaba reclinada en un *chaise longue*.

—Vida mía,—le dijo.—Vendré á la noche. Cree que jamás te olvidaré.

Tu imagen

no se separará un momento de mi

corazón.

Y asien-

do una ma-

no de la jo-

ven la besó

con apasio-

namiento.

—Ahora,

—pensó el

viejo,—no

dirá esta

marquesa

que no soy

galante y

expresivo.

Mas ape-

nas hubo dadó un paso con dirección á la puerta,

Hortensia exclamó de nuevo:

—Pero ¿te vas así?

D. Pedro quedó perplejo y apenas pudo articular:

—¿Qué quieres, ídolo mío?

—¿Que qué quiero? Las mil pesetas, hombre, para comprar la pulsera.

Si se hubiera desplomado el techo no habría experimentado el viejo mayor espanto.

Sacó las mil pesetas, las arrojó sobre un velador y salió escapado hacia la notaría como alma que lleva el diablo.

Hortensia lanzó una carcajada. Luego sacó del armario un traje de Pierrot y vistiéndoselo y mirándose al espejo, se dijo:

—A ver si en el baile de esta noche encuentro otro provinciano.

J. GONZÁLEZ FORTÉ

(Dibujos de G. Pajol H.)





DESCANSANDO

Ayuntamiento de Madrid

LO QUE PASA

En avanzada edad acaba de bajar al sepulcro uno de los hombres que más han influido en el pensamiento y la vida contemporáneos: nos referimos a John Ruskin, que con Nietzsche y Tolstói puede ser contado entre los inspiradores supremos de las corrientes modernas. Las mismas terribles preocupaciones de la Gran Bretaña con motivo de la guerra sud africana han cedido por algún tiempo para dedicar un recuerdo al insigne poeta, filósofo, crítico y creador de belleza. Nació John Ruskin en

Londres, en 1819; hijo de escoceses tuvo la suerte de que su padre, rico negociante, le alentase en sus aficiones a las cosas del arte, haviéndole más la idea de que su hijo llegase a ser con el tiempo un Byron que no un mercader opulento. Su madre, en cambio, deseaba que llegase a ser una gloria de la Iglesia, y en este concepto con siguió que Ruskin hiciera sus estudios en la Universidad de Oxford. Afortunadamente, ya a punto de doctorarse de teología, tuvo John Ruskin que emprender un viaje a Italia, como medida de precaución contra la enfermedad de consumación que le amenazaba.

Dióse a conocer Ruskin como brillantísimo, originalísimo y profundo crítico en la defensa que hizo del paisajista John Turner, acusado por los pedantes «de no pintar más que sus impresiones» en vez de «componer». El libro de Ruskin, primer tomo de los *Modern Painters*, en cinco volúmenes, alcanzó inmensa resonancia, pues levantaba una nueva bandera, la misma a que debían acogerse los *prerafaelitas*.

Desde la aparición de *Modern Painters* se vió que había surgido un grande renovador y así era, en efecto: no solamente asignaba John Ruskin al arte «un fin de moralización activa», sino que a su impulso surgía el «arte decorativo» tan extendido hoy. Sus doctrinas, por lo demás, eran verdaderamente audaces: tachaba a Rafael de ser el primer apóstata del arte religioso, y el primer apóstol de la «maña manual». Los puntos fundamentales de la crítica de John Ruskin,—aparte esto, incompa-

rabile prosista,—eran el odio al convencionalismo y el apasionado amor a la verdad.

Hay que leer, sin embargo, a John Ruskin para apreciar la profundidad, extensión, penetración, novedad, originalidad y belleza de sus concepciones: nadie como él ha interpretado el alma de la Naturaleza; de las nubes, de las rocas, de las yerbas, de las flores. Hay que leer su *Estética vegetal*, *Las siete Lámparas*, *Las piedras de Venecia*; sus disertaciones sobre lo Grande, lo Bello y lo Perfecto;

sus *Lecturas sobre arte*; *Los dos caminos*; sus lecciones sobre arte aplicado a la ornamentación; sobre la unidad del arte; sobre la influencia de la imaginación en la arquitectura; sobre la obra del hierro en la naturaleza, en el arte y en la política; sobre las relaciones del arte con la religión, la moral y las costumbres; sobre la línea, la luz y el color; «trabajos todos ellos, que pueden ser considerados como uno de los monumentos que más honran al espíritu humano», dice Lavoix.

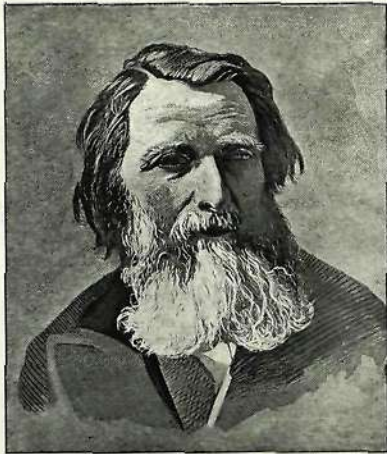
La influencia de Ruskin en la ornamentación urbana ha sido profundísima, como puede verse en Inglaterra, y bien puede asegurarse

que de él arranca: el vuelo que en nuestros días ha tomado el arte decorativo.

Así como Tolstói pone la base de todo en la Piedad y Nietzsche en la Fuerza, John Ruskin lo hacía depender todo de la Poesía, y por lo mismo era grande enemigo de las máquinas, tendiendo al renacimiento de la mano de obra personal e inteligente. Pueden ser disintiles sus principios sociológicos, no sus doctrinas estéticas, que han informado la obra de los más gloriosos artistas y críticos ingleses contemporáneos: Holman Hunt, Millais, Rossetti, Wölner, Stephens, Burne Jones, Madox Brown, etc.

De varias cosas que han ocurrido aquí, como la lucha de fieras de Madrid, y otras luchas de carácter pacífico, mejor será dejárselo en el tintero, pues *holgarían los comentarios*.

KECK



† JOHN RUSKIN, INSIGNE INVASOR DEL ARTE, POETA Y SOCIOLOGO 1819-1900



PÁGINAS HISTÓRICAS DEL SIGLO XIX

La epopeya napoleónica llena casi todo el primer cuarto de la actual centuria, y por una singular reviviscencia llena también, históricamente, los veinticinco años últimos.

Durante el Segundo Imperio empleó la oposición, como arma de combate, las más violentas diatribas contra el vencedor de Austerlitz, y era de ver la terrible saña con que le atacaban los Lanfrey, los Proudhon, los Erekman Chatrjian y los pretendidos *liberales* de cepa orleanista, pero una vez caído Napoleón III y como para endulzar el amargor de las derrotas infligidas por los alemanes comenzó la conmemoración de las glorias alcanzadas por los ejércitos imperiales, y quedó instituido un verdadero culto á la memoria del gran capitán que pasó triunfante por toda Europa la bandera tricolor. A las creaciones dramáticas vinieron á añadirse las obras históricas, las *Memorias* de los contemporáneos, las novelas y las producciones de los artistas, contestes todos en hacer de Napoleón I una figura colosal.

Entre las obras del pincel causó profunda sensación el cuadro que reproducimos, hoy, de M. Hazebrock: *¡Es el Emperador!*, alusivo á uno de los más interesantes episodios de la campaña de 1813, cuando Napoleón, vencido en Rusia, quiso probar de nuevo fortuna contra la coalición austro-ruso-anglo-prusiana.

Quejábanse los soldados de que el emperador les hiciese trabajar más aun con las piernas que con los brazos. Aquellas invasiones bruscas, y por decirlo fulminantes, de Napoleón, exigían de sus tropas unas marchas extremadamente rápidas, que les dejaban derrengadas al llegar al punto de su destino.

Una noche, el vencedor de Friedland, hubo de salir á cerciorarse personalmente de si se cumplían exactamente sus órdenes, y se encontró con que se había dormido un centinela de las avanzadas. Mandó á su escolta se retirara y, cogiendo el fusil del desventurado dormilón, se cuadró, ocupando su lugar. Apenas alboraba, cuando se despertó el cuitado, y, sin duda, se le helaría la sangre en las venas al ver á Napoleón, con su fusil, vigilando.

El resultado era tan claro como la luz del día: el descuidado centinela sería pasado inmediatamente por las armas. Cabizbajo y temblando de terror acercóse á Napoleón, que le entregó el fusil, diciéndole: «He tenido que estar de centinela mientras dormiais», y vió en seguida retirarse pausadamente al emperador. Nadie le dijo nada; Bonaparte juzgó prudente no fusilar al soldado, en la seguridad de que ganaría más con el perdón que con el rigor. No fué clemencia, ni humanidad, ni nobleza, cualidades que sería difísilísimo descubrir en el vencedor de Santa Elena: fué cálculo, y, según las crónicas, no hubo de pesarle á Napoleón su proceder, pues el soldado le salvó la vida en aquella terrible campaña, terminada con la entrada de los aliados en París.

El cuadro de Hazebrock reproduce con grande habilidad la escena, dando la sensación del espanto del soldado y engrandeciendo la silueta del imperial centinela.

CARLOS MENDOZA



ESTRELLA COREOGRÁFICA

Ayuntamiento de Madrid

Atré
eso le p
al emp
pero, i
te sabe
ahí tie
vez qu
en mi
la cosa
reparo
lleno d
de fau
se lucr
de la c
y el ha
el frío
y me a
chico,
que, d
al que
Luego,
contin
que, es
y mal
y estab
en el q
y unas

ENSEÑAR AL QUE NO SABE



Atrévete y no seas primo, eso le pasa á cualquiera; al empezar, mucho miedo, pero, ¡ay de tí!, cuando empiezas te sabe á gloria y á poco; ahí tienes tú: la primera vez que pedí una limosna en mi vida ví tan negra la cosa, que hasta me daba reparo que, yo, un chava, lleno de salú, de arranques, de facultad y de fuerzas, se lucrara como un viejo de la caridad ajena, y el hambre me consumía, el frío helaba mis venas, y me arrancó por lo fino, chico, pues me eché esta cuenta: que, después de tóo, el que pide al que tít mucho, no peca. Luego, me ha sido tan fácil continuar aquella senda que, es claro, dejé el oficio y mal vendí la herramienta y establecí mi comercio en el quicio de una iglesia y unas veces manco, y otras

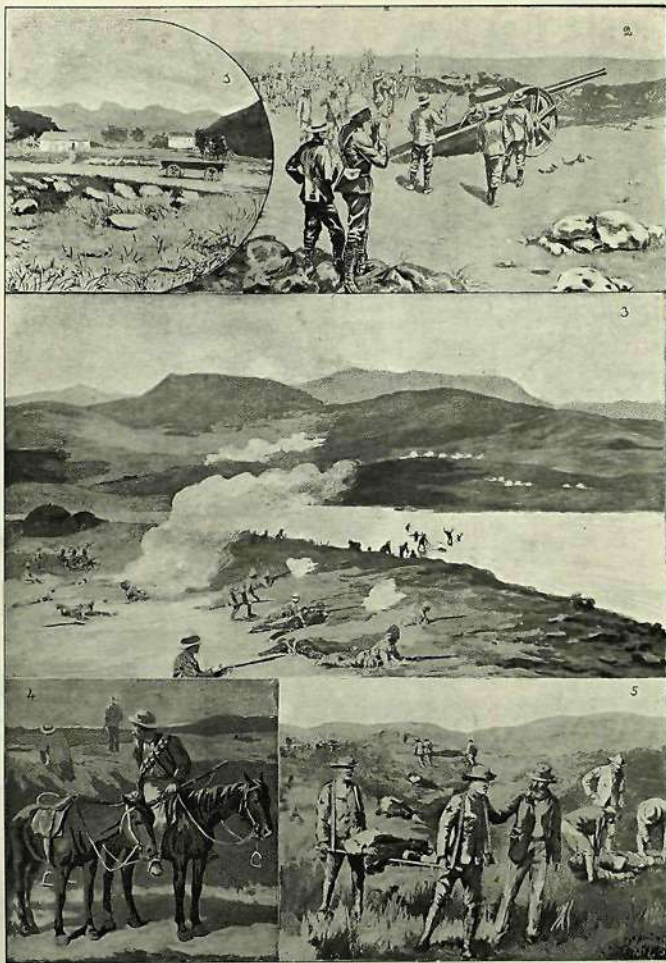
(Dibujo de F. Verdugo)

ciego de gota serena, enternecí algunas almas y ablandé mil faltriqueras y, hoy, en la clase de pobres de oficio, no hay dos que tengan ni arte para desgraciarse el físico ni más rentas que las que, céntimo á céntimo, ha reunido esta menda, que, aunque llevo esta blusilla y estas alpargatas viejas, tengo ya cuatro chavolas en el puente de Vallecas, y presto al ciento por ciento, y nunca falta en mi mesa ni un cabrito ni una azumbre de Arganda ú de Valdepeñas. ¡Déjate de miramientos, échate á un lao la conciencia y alarga más esa mano é inclina más la cabeza y dí al primero que pase con voz triste y lastimera: «Caballero, no he comido y tengo á mi madre enferma,» sobre tóo lo de la madre que, eso, al más duro le llega.

¿Qué te da rubor? Con eso no saldrás de tu prueba. ¿Qué no sirves? Yo te juro que sirves en cuanto veas que con nada de trabajo te ganas ocho pesetas. ¿Qué pides y no se fían en tus palabras? Paciencia. ¿Que algún chusco, que hay bastantes por casual te recomienda que trabajes? Pues, te achantas y dices pá tu coleta: «¡Qué trabaje el dios Netuno que al fin y al cabo es de piedra!» Sigue mis consejos, chico, échate á un lao la conciencia y alarga más esa mano é inclina más la cabeza, que, á fé de Roque Pollilla, ¡míalasl!, te juro por éstas que vas á ser propietario en el puente de Vallecas, y, después, que te critiquen y te llamen sinvergüenza, que, estando llena la panza, esas cosas se desprecian.

ANTONIO CASERO

LA GUERRA ANGLO-BOER



1. ALLENDE EL TUGELA: LA GANJA DE SPEARMANS CON EL DRAKENSBERG Y EL MONT-AUX-SOURCES EN LONTANANZA.—2. EMPLEO DE LOS CAÑONES NAVALES DE 47 FULGADAS EN LA BATALLA DE COLENZO.—3. BATALLA DE COLENZO: LOS FUSILEROS DE DUBLIN PRETENDEN CRUZAR EL TUGELA.—4. CABALLERÍA BOER.—5. DESPUÉS DE LA BATALLA DE MAGERSPOORTIN: CONDUCCIÓN DE HERIDOS INGLÉSES A LAS AMBULANCIAS.

LAS MEM
Según se
a juicio de
cieron la g
Zaragoza y
episodios, y
nación una
curso de las
preocupó fu
llington, la
estrellarse e
res-Vedras
tallas de Ar

EL CO
Este brill
se habla con
tillería y co
del Transva
Fué sargent
de artillería
sabador de
República S
do á Prusia
tores, negán
llermo, pidi
fué, natural
Transvaal y
tonces á la i
boers, con e
artillería. E
coronel. Si
enemigo de
1880, puso á
haber tratad
contra sus d
ningún aver
algunos.

MAR

Se va á p
pública á la
nos acoraz
del tipo del
esos son los
do costará
También se
ministro de M
para propor
ascensos po
ahora result
go dejaba p
les republic
ascenso de
cialmente d
denes.

Alberto en
Sol al marq
to de pies á
piel de oso c
semblante,
mente.

—Creí no
usted,—le di

RESERVA

Ayuntamiento de Madrid

PEPITORIA

LAS MEMORIAS DE JOURDAN

Según se desprende de este libro, á juicio de los franceses que nos hicieron la guerra desde 1808 á 1814, Zaragoza y Gerona fueron simples episodios, y el levantamiento de la nación una mera dificultad para el curso de las operaciones; lo que les preocupó fué el desembarco de Wellington, la retirada de Massena al estrellarse contra las líneas de Torres-Vedras y la pérdida de las batallas de Arapiles y Vitoria.

EL CORONEL SCHIEL

Este brillante jefe de quien tanto se habla como organizador de la artillería y constructor de los fuertes del Transvaal, es natural de Berlín. Fué sargento del primer regimiento de artillería de campaña; y en 1880, sabedor de que el gobierno de la República Sud-Africana había pedido á Prusia algunos oficiales instructores, negándose el emperador Guillermo, pidió la absoluta y allá se fué, naturalizándose ciudadano del Transvaal y dedicándose desde entonces á la instrucción militar de los boers, con el grado de teniente de artillería. En 1884 fué promovido á coronel. Siempre ha sido grande enemigo de Inglaterra, pues ésta, en 1880, puso á precio su cabeza, por haber tratado de incitar á los zulúes contra sus dominadores. No es, pues, ningún aventurero, como han dicho algunos.

MARINA FRANCESA

Se va á proceder en la vecina república á la construcción de algunos acorazados de 14,000 toneladas, del tipo del *Suffren*, pues parece que esos son los mejores. Cada acorazado costará 35 millones de francos. También se ha resuelto que el ministro de Marina tenga facultades para proponer cierto número de los ascensos por elección, pues hasta ahora resultaba que el almirantazgo dejaba postergados á los oficiales republicanos y sólo proponía el ascenso de los reaccionarios, especialmente de los ayudantes de órdenes.

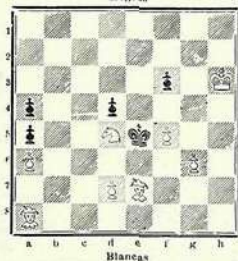
Alberto encuentra en la Puerta del Sol al marqués del Melonar, envuelto de pies á cabeza en un abrigo de piel de oso que le oculta casi todo el semblante, y le saluda respetuosamente.

—Creí no me hubiera reconocido usted, —le dice el prócer, sonriendo.

Problema de ajedrez núm. 20

POR C. M.

Negras



Las blancas juegan, y dan mate en 4 jugadas

—Sí, señor; no está usted tan desfigurado como podría suponer.

LAS PRIMERAS CARRERAS DE VELOCIPEDOS

Sería un error creer que se trata de una fecha muy reciente, pues las primeras carreras de velocipedos ó *Draisianas*, como eran llamados en tonces, tuvieron efecto en París el domingo 5 de abril de 1818, en la Grande Avenida del Observatorio, en el jardín del Luxemburgo. M. Garcin y el cochero del harón de Drais (de donde el nombre antes citado) recorrieron en tres minutos una distancia de 600 toesas (la toesa es igual á 1'949 metros).

La fiesta alcanzó lisonjero éxito.

DOS POR MUCHO Y OTROS POR POCO

En Payta, costa del Perú, sólo llueve cada siete años, y, á pesar de ello, hay allí habitantes bipedotes, animales y algunas plantas, cuya existencia es un problema. En la misma zona litoral (de muchos miles de kilómetros de extensión) que Payta se halla Mollendo, y, sin embargo, están allí á las mil maravillas, gracias á los pozos, lo cual demuestra que no hay nada más fértil que un desierto, cuando está regado.

En cambio, en Cherrearni (Bengala) llueve de una manera excesiva, de manera que caen lo que menos 12 metros de agua, y á veces 22, en un año, precisamente en verano, de manera que durante aquel diluvio todo el mundo tiene que largarse de allí.

En unos exámenes de historia:

—¿Sabé usted lo que es un monasterio?

—Sí, señor; un lugar para cortarles el cabello á los reyes; por ejemplo, el monasterio de la Pampliega, donde raparon á Wamba; el de...

—Basta. Aprobado.

MODAS



DATA PARA RECEPCION

CHARADA

Prima y segunda, en el todo verás en ciertas fachadas; cuarta y segunda, apellido; y es nombre tercera y cuarta. nombre abreviado, bonito y propio de niñas guapas.

JEROGLÍFICO



Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Charada. — Escaparate. Tarjeta. — Luisa Campos.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. SE INSERTAN Ó NO, SO LO DEBE DILUVIR NINGÚN ORIGINAL.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL DE RAMÓN MOLINAS: PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid